

JOSÉ GUIRAO
LAS AGUAS
DE LA NOCHE

PRE-TEXTOS CONTEMPORÁNEA

*Este libro no hubiera sido posible sin la colaboración de
Fernando Galiana, David Calzado, Rocío Gracia, Remedios Díaz,
Beatriz Guirao, Borja Casani y Ana Romero.*

PRÓLOGO

José Guirao se definía como gestor cultural. A lo largo de su carrera trabajó dirigiendo el tráfico para que otros profesionales desarrollaran sus trabajos y los artistas pudieran culminar sus creaciones. Siempre fue así desde niño, cuando vendía entradas en el cine de su padre en Pulpí, luego en el cineclub ambulante de la Diputación de Almería; más adelante en los proyectos de restauración del patrimonio en Andalucía, en la época de las grandes exposiciones del Museo Reina Sofía, o durante la explosión de juventud, cuando estuvo al frente de La Casa Encendida.

Dedicó su vida a ser productor, siempre inteligente y comprometido. Los demás eran la prioridad y trabajaba para ellos. Pero Pepe también llevaba su canción, y en algún momento de los inicios de este siglo empezó a pensar que le tocaba subirse al escenario y que la novela era el instrumento que le permitiría dar su versión de las cosas de este mundo. Y eso fue lo que empezó a escribir, una novela que es una reflexión sobre la familia, esa cosa curiosa y complicada; sobre el peso del pasado, la posible claridad de lo turbio, la sociedad, sus rencores, la amistad, o los paisajes en que vivimos inmersos. Sí, los paisajes, en apariencia indiferentes y sin embargo tan influyentes. La Sierra Almagrera con sus minas y sus yacimientos arqueológicos, su apogeo y su decadencia. Las ciudades clave: Almería y Madrid, donde él sentía que se había hecho.

La enfermedad vino demasiado pronto. El lector curioso se va a encontrar con unas páginas densamente escritas a

través de las que se expresa una voz que es la de su *alter ego* y que vertebra todo el relato. Pepe en estado puro.

El grupo de amigos que tuvimos acceso al texto de la novela en la que estaba trabajando Pepe al morir, pensamos que se debía publicar. Cumplimos así con su deseo de lanzar al mar una botella que encierra su más íntimo mensaje, dando a quienes estén interesados en su persona la oportunidad de descubrir esta faceta de su personalidad.

Para entender mejor su voluntad de hablar, de relatarnos unas vidas imaginarias que de manera oblicua nos cuentan cómo entendía la que le tocó vivir a él, hay que recordar la relación de Pepe con la palabra escrita, con la literatura, una relación menos conocida que la que tuvo con las artes plásticas, pero de igual importancia a efectos personales.

Estudió Filología y su amistad con diversos escritores fue crucial en su vida. Entre ellos estaban Juan Goytisolo, José Ángel Valente, Soledad Puértolas, que fue su profesora en la universidad, Edmond Jabès, José-Miguel Ullán, Olvido García Valdés y el grupo de *El signo del gorrión*. La relación como patrono con la Fundación Federico García Lorca, así como con la Fundación Antonio Gala, fue también importante.

Quizás todo empezó cuando leyó *Señas de identidad* y vio que allí ocupaban un lugar protagonista los alrededores de su pueblo: San Juan de los Terreros, la isla del Fraile, la Calabardina, la playa del Horrillo..., algo que venía desde que Juan Goytisolo se declaró enamorado de Almería en *Campos de Níjar*.

Pepe era un joven ecologista que con apenas dieciocho años, en 1977, había participado en la creación del Grupo Ecologista Mediterráneo, que por entonces centraba sus esfuerzos en impugnar la central nuclear proyectada en cabo Cope, así como en luchar por la protección del litoral

amenazado por el turismo y los intereses inmobiliarios. En 1979 se presentó, en el segundo puesto de una lista independiente, Ayuntamiento del Pueblo, a las primeras elecciones municipales. Salió elegido concejal de Pulpí, demostrando en su desempeño su capacidad organizativa y sus muchas inquietudes. Fogueado en la tarea de dinamizar la cultura local, saltó a la Diputación provincial de Almería en 1983, elegido ya en las listas del PSOE. En los cuatro años de mandato, del 83 al 87, desarrolló su programa de alcance provincial y nacional, en el que las actividades literarias ocuparon un lugar central.

Para entonces la amistad con Goytisolo se había estrechado. Lo había visitado junto a un grupo de amigos por dos veces en Marraquech y lo había recibido en Pulpí y en Almería capital. La donación de sus materiales al Instituto de Estudios Almerienses, en 1986, tuvo considerable repercusión en los medios. Goytisolo entregó numerosos originales de su obra, cartas de diversas personalidades y la autorización para microfilmear materiales donados con anterioridad a una universidad estadounidense. Por otra parte, en 1984, Juan Goytisolo puso a Guirao al tanto de la voluntad que tenía José Ángel Valente de instalarse en el sureste peninsular, durante las temporadas cada vez más largas que le dejaba libre su trabajo como traductor en Ginebra y París. Valente se había enamorado de la luz de Almería. Guirao entró en contacto con él y le convenció de que comprara una casa en el centro histórico que fue restaurada por el arquitecto Ramón de Torres. La estrecha relación con Valente y Goytisolo resuena en las iniciativas culturales de la Diputación almeriense durante su mandato, especialmente en los Coloquios hispano-islámicos, el seminario *Fin de siglo y formas de la modernidad* y la fundación de la revista *Las nuevas letras*.

Los Coloquios hispano-islámicos iniciados en Ronda, siendo alcalde Julián Zulueta, se mudaron a Almería, donde se celebraron con el título de III Coloquio Hispano-Islámico de escritores. La iniciativa contó con el apoyo de la Unesco, en línea con la idea de Goytisolo de fortalecer las relaciones culturales entre Marruecos y España en un marco general de diálogo con el mundo árabe. Guirao ofreció el soporte financiero y administrativo de la Diputación de Almería para su sostenimiento y continuidad. Además de Goytisolo, Valente y Antonio Saura, participaron el sacerdote Antonio Flores, experto en sufismo, el marroquí Edmond Amram el Maleh, el tunecino Abdel Wahab Meddeb y el palestino Elías Sanbar, entre otros escritores. El IV Encuentro, que se celebró en 1988, cambió el título a Coloquio Hispano-Árabe, a fin de evitar la connotación religiosa, incorporando nombres como los de Andrés Sánchez Robayna o Julián Ríos y, aunque también contó con el apoyo de la Unesco, no tuvo continuidad.

El seminario *Fin de siglo*, dirigido por Valente, promovió varios ciclos de conferencias. La inaugural, celebrada el 25 de marzo de 1987 bajo el título de *Modernidad y posmodernidad: el ángel de la historia*, tuvo como eje central la discusión acerca del significado del posmodernismo en el contexto de los grandes movimientos en el orden religioso, filosófico, literario, social y artístico. Formaron parte del programa Eugenio Trías, Ángel González García, Víctor Pérez Escolano, Francisco Jarauta o Juan José Lahuerta. A Valente le interesaba en aquel momento la estética entendida desde la filosofía, más que lo estrictamente literario. Cuando la salida de Pepe debilitó el impulso de la Diputación, Valente continuó con esas preocupaciones asociado a José Jiménez y al Instituto de Estética y Teoría de las Artes en Madrid.

La revista *Las nuevas letras* fue el tercero de los proyectos impulsados por José Guirao que tuvo repercusión nacional. Su director fue Fernando García Lara, que años después escribiría sobre aquellos tiempos en el tercer tomo de *Valente vital*. Fernando Valls fue subdirector para Arte y Pensamiento y José Manuel Pérez Tornero subdirector de Comunicación y Sociedad. José Guirao constaba en la mancha como miembro de la redacción, aparte de su papel como factótum y responsable político de su financiación y su puesta en marcha. El número uno lo presentaron Paco Rico y Juan Benet en el Círculo de Bellas Artes de Madrid. *Las nuevas letras* era una revista de hondo calado que incluía en cada número un dossier, una entrevista, así como varias piezas de creación y crónicas de actualidad. Entre los dossieres cabe señalar *Volverás a provincias*, que apareció en el primer número, *Diderot y la estética de la Ilustración y Diez años de cultura (1975-1985)*, publicados en números sucesivos. Las entrevistas, todas ellas de considerable extensión, empezaron con Alberti entrevistado por Luis García Montero, José Guerrero por Antonio Muñoz Molina y Eugenio Trías por Julia Manzano. Las piezas de creación las firmaron, entre otros, Esther Tusquets, Cristina Fernández Cubas, Soledad Puértolas, Adelaida García Morales y José María Valverde.

Junto a esos tres proyectos culturales y como parte de sus responsabilidades en la Diputación, Guirao fue uno de los principales impulsores de la creación del Parque Natural de Cabo de Gata, junto a otro gallego afincado en Almería, Hermelindo Castro Nogueira, y el propio Valente, que se involucró por completo en la aventura.

En 1988, Javier Torres Vela, consejero de Cultura, lo llamó a Sevilla ofreciéndole la Dirección de Bienes Culturales. En su puesto sevillano, la labor de Guirao se centró en la con-

servación del patrimonio y la literatura pasó a un segundo plano. El Plan General de Bienes Culturales, la Ley del Patrimonio Histórico Andaluz y la creación del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico y del Centro Andaluz de Arte Contemporáneo dan cuenta de lo que fueron aquellos años fundacionales.

En el ámbito literario, hay que apuntar las lecturas que dio Edmond Jabès en Sevilla, Córdoba y Granada en el otoño de 1990, poco antes de su fallecimiento, y la celebración del cuarto centenario de San Juan de la Cruz en 1991. Los dos núcleos centrales del centenario fueron la exposición *Al aire de su vuelo*, comisariada por José-Miguel Ullán, a quien le uniría una intensa amistad y con quien mantendría una estrecha colaboración profesional el resto de su vida; y en segundo lugar la recopilación de trabajos producidos con motivo del aniversario, editados por José Ángel Valente y José Lara Garrido y publicados por la editorial Tecnos bajo el título de *Hermenéutica y mística: San Juan de la Cruz*.

En 1993 Carmen Alborch trajo a Guirao a Madrid, encargándole la Dirección General de Bellas Artes y Archivos. Un año después pasó a dirigir el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, cargo que ocupó hasta 2001. Fueron años de intensa actividad, durante los cuales la literatura ocupó un lugar menor. Quizás la excepción fuera la exposición dedicada a Federico García Lorca, en 1998, comisariada por Estrella de Diego, Fernando Huici y Juan Pérez de Ayala. Guirao volvería a la literatura con *La Casa Encendida*, donde fue notable la influencia de Ullán, Olvido García Valdés y el grupo *El signo del gorrión*. También fue importante la relación que mantuvo con la Fundación Antonio Gala durante sus últimos años.

Más adelante, siendo ya ministro de Cultura, una de sus prioridades fue la reconstrucción de la Dirección General

del Libro y Bibliotecas, que se había subsumido en una desperfilada Dirección de Industrias Culturales. Nombró directora a Olvido García Valdés y juntos lucharon por sacar adelante un proyecto lastrado por los presupuestos que habían heredado y por la resistencia y las inercias de un sector reactivo al cambio. Ello no quita la importancia que tuvo aquel proyecto para Pepe, como el último eslabón de una cadena de esfuerzos en torno al mundo del libro y todo cuanto guarda relación con el milagro de las palabras.

Al poner esta novela en las librerías, entendemos que no es una obra convencional. No es tanto la novela como tal lo que nos importa. Es el texto en sí como síntoma y muestra del aliento poético que animaba cuanto Pepe hacía, como muestra de su pasión por dar expresión honda y verdadera a lo que, citando sus propias palabras, dio en llamar “el enigma que intuimos y no somos capaces de desvelar”.

El legado de José Guirao como gestor cultural y como político está en los muchos proyectos culturales marcados por la voluntad de hacer algo relevante y significativo, huyendo siempre de la banalidad. Lo que aquí se ofrece es también eso, pero a la vez algo distinto. Quienes impulsamos esta publicación lo hacemos porque nos sentimos en sintonía con su manera de trabajar y ver las cosas, y porque pensamos que esta novela nos revela algo profundo y verdadero del alma y la personalidad de José Guirao.

En su recuerdo.

CARLOS ALBERDI

En una ocasión, paseando por los antiguos muelles de Brooklyn, Colum McCann, el escritor irlandés afincado desde hace décadas en Nueva York, me dijo: “Todo el mundo lleva una novela dentro, aunque son muy pocos los que llegan a escribirla”. Ciertamente. Todos sentimos la necesidad de dotar de sentido a nuestra vida dándole la forma de una historia. “Dar ese paso,” apuntó Colum, “no te convierte necesariamente en escritor, sino que te sitúa en la interesante situación de tener dentro un libro y medio. Si consigues terminarlo, puedes decir en serio que lo eres”. La idea es en extremo sugerente, aunque es necesario matizarla. La manera en la que Pepe Guirao se relacionaba consigo mismo y con el mundo era, sin lugar a dudas, la propia de un escritor. Su sensibilidad lo delataba, aunque siempre mantuvo su vocación oculta entre los pliegues más profundos de su ser. Su temperamento, inequívocamente artístico, tenía como referencia secreta el milagro de la palabra escrita, la literatura. Los escritores con los que trató en vida (Goytisolo, Ullán, Valente) conectaban con él en esa dimensión. Escritor sí, pero manteniendo una conversación consigo mismo que no precisaba de testigos. La novela que llevaba dentro le causaba una inquietud que exigía ser calmada. Consciente de ello, pero volcado exteriormente a sus obligaciones como político y gestor, nunca perdió de vista la necesidad de ocuparse debidamente de su vocación secreta. Volvió a ella de

manera periódica, dando forma a un mundo que trasladaba al plano de la ficción sus más hondas preocupaciones, sumergiéndose en su historia personal y familiar, transfigurándolas, a la espera de que llegara el momento de revelar su secreto al mundo. Sólo que ese momento nunca llegó. De manera cruelmente prematura, la muerte le impidió poner punto final al reto que se había impuesto a sí mismo. Hay en ello una dimensión mágica, que sólo está reservada al misteriosísimo universo de las novelas inacabadas. Es difícil explicar en qué consiste exactamente ese misterio. Cuando, como le ocurrió a Pepe, alguien se asoma al abismo de su imaginación intentando dar forma a una novela y el destino o el azar, en cualquiera de sus manifestaciones, le impiden llevar a buen puerto su proyecto, se abre una fisura entre la verdad del arte y la realidad de la vida, dejando al descubierto, como una herida abierta, la textura de la imaginación del creador del mundo que no llegó a nacer, a quien sorprendemos en su más íntima vulnerabilidad. La paradoja, mayúscula en ocasiones, y en el caso de Guirao es así, consiste en que la obra inacabada es superior a la que hubiéramos tenido de haberse cerrado, de manera pulida y sutil, la puerta, la herida. No hubiera sido entonces posible ver, digámoslo así, los entresijos de la narración, la historia, en carne viva. En el caso de los escritores consagrados, es una invitación a ir más lejos de lo que ellos mismos habían previsto. Su imaginación queda ante nosotros al desnudo.

De la novela de Pepe, con sus imperfecciones, sorprende la frescura con que se abre al mundo, la luz que arroja sobre lo que sabemos de su vida, la manera en que nos revela los engranajes de su sensibilidad. Me viene a la cabeza, salvando las distancias, el caso de *El original de Laura*, de Vladimir Nabokov. Lo que nos dejó el maestro ruso es mucho más sugerente que lo que habría sido el producto bien acabado,

que no hubiera pasado de ser una novela mediocre. En el caso de Guirao, nos encontramos en una dimensión distinta. La novela se va ramificando, abriendo sendas que nos invitan a perdernos con los personajes que, a veces desorientados, parecen no saber bien cómo han llegado a donde están. En *Viajes por el Scriptorium*, de Paul Auster, ocurre algo parecido, sólo que en este caso el autor les dio permiso para que se movieran a su aire por el espacio de la narración. Con *Las aguas de la noche* nos encontramos en un piélago de orillas inciertas. La frase que abre la novela nos advierte con claridad cómo va a ser al viaje en que se embarca el autor:

“Nunca supo escribir historias. Lo abrumaba la idea misma de fijar con palabras esas historias que surgían en su cabeza y que en ella funcionaban de manera natural. Con esa coherencia que sólo pueden tener los sueños”.

La frase es engañosa. Es mucho lo que viene después, un mapa de deseos y formas de la imaginación, una invitación a emprender un viaje que no importa que no llegue a su fin, porque a lo largo del camino nos ofrece muchas recompensas. Como los personajes, la lectora, el lector, de repente se ve a solas en medio de un camino que no se sabe bien a dónde tenía intención de dirigirse. A lo largo del relato son muchos los momentos en los que quien narra se abandona a descripciones sumamente detalladas del paisaje, tanto exterior, como el que viven dentro de sí mismos él y sus personajes. El tiempo se detiene con deleite en instantes que nos permiten asomarnos a lo más hondo de quien narra, a regresar a su pasado, familiar y colectivo, al corazón de las ciudades y parajes de la naturaleza (la noche, el mar, la luna, las sombras y la luz del campo o la ciudad); el narrador nos invita a viajar con él a su infancia, adolescencia y madurez, a volver a visitar encrucijadas dolorosas de la historia de

nuestro país. La novela se construye como una constelación de textos de toda índole. Cartas, diarios, fotos, documentos notariales, expedientes celosamente guardados en archivos secretos. El mundo entre los anaqueles de una biblioteca familiar. En *Las aguas de la noche*, además de las historias personales de los personajes, hay constantes alusiones al ámbito de la literatura, el cine, el arte, la música, la arquitectura, la ingeniería, la minería. El relato avanza inexorablemente, como un río que se va ramificando de manera incesante, hasta llegar al delta en el que se deshace, sumergiéndose en el mar de todas las historias posibles, el lugar nutricional del que emergen. Es esta imagen, la del delta fluvial, la que mejor refleja el misterio liminar del proyecto inacabado de Guirao. Es este el sentido en que el relato nos ofrece el mejor de los regalos, el de poder asomarnos a los pliegues más recónditos de la sensibilidad de su creador. No leemos este libro tanto para saber qué pasa en él, aunque nos dejemos llevar siempre con agrado por los múltiples vericuetos por los que transita la historia, como para ver lo que hay al otro lado de la página, más allá de lo que dibujan las palabras, y lo que hay es la textura del alma de quien dio forma a este relato arborescente, mostrándonos lo que la muerte nos impidió ver en su forma final.

A punto de cerrarse la novela tal como nos ha llegado, hay un momento en el que su autor parece tener plena conciencia de que el viaje emprendido jamás llegará a su fin:

“Todos aquellos libros, los miles de libros que habitaban la biblioteca y que me hicieron feliz en la adolescencia, habían desaparecido. Ellos me salvaron la vida y ahora se habían convertido en un solo libro, inabarcable. [...] Un libro así sería imposible de abrir, nadie sería capaz de iniciar un paseo, una carrera, para recorrerlo entero y no perder la cordura ante la certeza de que en nuestra vida nunca alcanzaremos a leerlo.

Saber que nunca terminaría la historia aunque le consagrarse todas las horas del día. Esa historia no tendría fin para mí”.

En este fragmento en el que el texto presagia su propio fin, el libro de todos los libros que se dieron cita a lo largo de la vida de Pepe Guirao como lector se convierte en un gesto que el escritor hizo antes de morir, sin saber que al final nos llegaría su texto; el gesto de alguien que extiende la mano ofreciéndonos la posibilidad de estar una vez más con él.

EDUARDO LAGO

LAS AGUAS DE LA NOCHE

Nunca supo escribir historias. Lo abrumaba la idea misma de fijar con palabras esas historias que surgían en su cabeza y que en ella funcionaban de manera natural. Con esa coherencia que sólo pueden tener los sueños, que no pueden tener forma exacta, definida, sino que aparecen y desaparecen a su antojo, sin que nadie dicte su expresión, ni el tiempo ni el lugar en el que transcurren. Tenían vida propia, huéspedes ocultos, en el espacio infinito de su cerebro y un buen día dejaban de existir, anulados por nuevas historias que nadie reclamó y para las que nadie estaba preparado. Pero ahora no se trataba de escribir una historia para que los demás la conocieran, ni siquiera para conocerla él mismo, porque la verdadera historia nunca llegaría a conocerla. Ahora que todos habían muerto, ahora que nada de lo que sucedió podía ser cambiado, quizás había llegado el momento de juntar las piezas, los fragmentos que se empeñaron en dejar dispersos aquí y allá para que él los encontrara, como si hubieran querido trasladar a otro la penosa tarea de rehacer unas vidas que ellos fueron incapaces de entender en su integridad. Como si hubieran querido que alguien ordenara lo que ellos no supieron o no quisieron ordenar. Por su parte, había llegado a la conclusión de que debía escribir esa historia como única manera de deshacerse de ella porque también era la suya y quizás fuera él, a veces lo sospechaba, el que quisiera deshacerse de una vida que no

conseguía aceptar como propia, que necesitaba alejar de sí, fijándola con palabras concretas para sacarla de esa región de su cabeza donde habitaban los sueños y poder volver a sentir ese vacío que pudiera provocar el azar de una verdadera y desconocida felicidad.

Hacía poco más de un año que mi madre había muerto, sin hacer ruido. Así había vivido. Cuando todo estallaba alrededor ella permanecía en silencio, envuelta en un halo de calma que nos protegía de toda la furia circundante. Parecía que dejara su intervención siempre para el final, para cuando volviera la calma, pero ese momento no llegaba casi nunca. Era como si los demás estuvieran equivocándose en la interpretación de sus papeles y ella no tuviera más remedio que esperar al siguiente ensayo para interpretar las partes de su diálogo, o tal vez esperaba interpretar un monólogo al final de la obra y ese momento no llegaba nunca. Siempre presente en escena, teniendo que escuchar atentamente los diálogos de los otros actores, pensando que quizá había errado en la elección de la obra y ya era tarde para cambiar de obra o de papel. Quizá sentía una especial debilidad por alguno de los actores presentes o por sus personajes y a pesar de los años conservaba el interés suficiente para no abandonar la obra. Quizá a ciertas alturas de la vida nadie sabe a dónde ir ni con quién hacer el resto del viaje. Siempre me sorprendió su manera de estar y no estar presente porque realmente era la que sostenía la escena, la que congregaba a su alrededor a muchos otros, no sólo de nuestra familia, sino del mundo social en el que participábamos. Esa imagen de mi madre como una actriz que no logra estrenar la función a la que ha consagrado años de ensayo,

mientras la vida pasa lentamente, no es casual. Ella misma a su manera me lo dijo en una ocasión mientras fumábamos un cigarrillo en la playa después del baño vespertino. Hablábamos del último episodio de desencuentro familiar y yo le había preguntado por qué nunca se había rebelado ante la insensatez de mi padre. Ella respondió que nunca lo haría de manera definitiva, que ese día sería el final de todo, el final de nuestra familia. Yo no entendía cómo después de su separación, ella no había cambiado de actitud ante mi padre. Me vino a decir que una separación no es lo más grave que puede sucederle a una pareja, que en la distancia el daño puede seguir produciéndose, que el fin de las familias sólo puede traerlo la muerte, no la provocación de un daño irreparable en vida. Para mi madre la familia seguía existiendo, incluido mi padre, a pesar de llevar diez años separada de él y en gran medida de nosotros. Quizá nada extraño, visto ahora, pero en aquella época de mi vida la situación me parecía incomprensible, como si existieran hechos graves del pasado que era mejor que los más jóvenes ignorásemos.

Aquel verano acababa de terminar mi segundo año en la universidad y, después de las experiencias que había vivido durante el curso, pensaba ingenuamente que ya era adulto. Había conocido el sexo sin orden y sin mucho descanso y pensaba que conocer aquella variedad de pieles me había curtido en los secretos de la vida. Era el verano de 1978 y el mundo se me antojaba un festín al que, por fin, había sido invitado. Había conocido pequeños amores que se me antojaban el amor y que cambiaban cuando cambiaba la cama en la que se desarrollaban, pero no sabía todavía, lo aprendería más tarde, que a veces el amor, convertido en pasión efímera, puede dejarnos durante años a la deriva de un sueño del

que no podemos escapar, en noches interminables, a merced de días agrios y estériles. Creía saber cosas que hoy sigo sin entender, pero así se abre paso la vida, ignorante de su propia ignorancia, con un impulso que adolece de toda prudencia o sutileza, de toda compasión. Hablaba con mi madre de tú a tú, causándole un daño, ahora lo pienso, que se sumaba a tantos otros, sin saber que el reproche sólo puede darse entre iguales para ser justo, y mi madre no quería defenderse de nosotros, no quería defenderse de nada, sólo aspiraba a seguir respirando, asida a un tubo de oxígeno que le permitiera seguir protegiéndonos, como un buzo que no puede salir a la superficie y calcula el tiempo que le queda por vivir. Mi madre quiso protegernos de todo y terminó desprotegida ella misma, exhausta, pero nunca quisimos darnos cuenta. Su estigma fue el nuestro, de otra manera, sí, pero hemos tenido que bregar con él sin saberlo a ciencia cierta, sin quererlo, ignorantes de su origen, de la profundidad de su raíz.

Durante aquel largo año de ausencia de mi madre, desde su fallecimiento, no había querido saber nada de lo que dejó a mi cargo: un montón de cajas de libros embalados como para una mudanza. Las cajas ocupaban una pequeña habitación del apartamento en que mi madre pasó la mitad de su vida. El resto de muebles habían desaparecido ya repartidos entre mis hermanas, salvo el sillón en que ella pasaba leyendo muchas tardes y que sospecho nadie quiso llevarse debido a su tapicería anticuada, que le daba un aire de pertenencia a otra época que quizá nadie quería ya recordar. Mis hermanas tenían una habilidad para defenderse del pasado que yo no tenía y abominaban de la nostalgia como de una enfermedad letal. Yo envidiaba esa facilidad que

ambas tenían para dejar tras la puerta que cerraban todos los humores que los lugares acumulan cuando los habitas.

El apartamento pertenecía al tío Miguel y cuando llegué a la ciudad después de un año de ausencia me dijo que podía quedarme el tiempo que quisiera. Al volver allí no reconocí el lugar salvo por las vistas del mar que inundaban el salón a través del ventanal que daba sobre la terraza. No quedaba ni uno de sus cuadros, ni las fotografías enmarcadas que colgaban de la pared o descansaban sobre las mesas.

En los últimos años mi madre había ido sacando fotos de las viejas cajas metálicas de galletas de su infancia para ir llenando la casa de imágenes familiares, de manera especial su dormitorio. Primero fueron sus fotografías, en las que estaba sola, luego en las que estábamos todos los hermanos en compañía, y finalmente aquellas de su padre y su madre que siempre habían estado ocultas para nosotros. La primera vez que vi el rostro de mi abuelo tenía veinticinco años. Siempre me había dicho que no conservaba ninguna fotografía de él hasta que un día apareció un pequeño retrato de pie, vestido con un traje oscuro, mirando fijamente a la cámara, esbozando una media sonrisa de alguien que parecía estar muy seguro de sí mismo. Eres el único de la familia que se parece un poco a mi padre, me dijo cuando le pregunté de quién era aquella fotografía que acababa de poner en su pequeño altar de imágenes del pasado. Era su manera de iniciar la despedida, rodear su sueño de todos aquellos que la habían acompañado, de los que le habían dado la vida, de los que recibieron la vida que ella les había dado. También había una foto de Tarzán, el perro de la familia, al que mi hermano lloró desconsoladamente durante días cuando apareció muerto, una mañana, en la

puerta de nuestra casa, envenenado por algún vecino que detestaba a los perros. Mi madre se fue creando un mundo sin jerarquías, en el que los vivos y los muertos tenían el mismo valor, la misma presencia. Un mundo de nostalgia por los que ya no estaban, por los que pronto dejarían de estar para ella. Fue su manera de morir en paz, de olvidar el estigma que la había torturado toda su vida, el de ser una hija ilegítima, nacida fuera del matrimonio. Cuando su padre murió, mi madre descubrió que su familia no era como las demás, comenzó a oír las burlas de algunos niños, de alguna gente que la humillaba sin que ella supiera el motivo de aquellos comentarios a media voz, de aquellas frases de doble sentido que escuchaba cuando alguien hablaba de su madre. Aquellas palabras que la separaban del resto de las niñas con las que iba a la escuela, con las que jugaba, que la hacían distinta de los demás.

Mi abuela se había casado muy joven con un pariente lejano bastantes años mayor que ella. Una boda amañada por su familia y de la que siempre renegó. Tuvo dos hijos con su marido y él desapareció. Había emigrado a Francia y nunca más volvió a tener noticias suyas, ni una carta, ni un recado a través de otros emigrantes de la zona que de vez en cuando volvían de aquel país. Tuvo que sacar adelante a sus hijos sin más ayuda que su talento para buscarse la vida. Mujer de una enorme belleza y un carácter exento de temor para enfrentarse a las adversidades, trabajó en el campo, de sirvienta, de cualquier cosa con la que ganar un poco de dinero. Regentaba una taberna cuando conoció a mi abuelo. Ella tenía treinta años y él estaba a punto de cumplir cuarenta y se enamoraron nada más conocerse. Mi abuelo le buscó trabajo en el cine del poblado minero, donde se ocupaba de la limpieza y del bar; el resto de la semana cosía ropa a medida, tanto las camisas y los pantalones de los

mineros, como los vestidos de sus mujeres. Se fueron a vivir juntos a una casa nueva que estaba junto al poblado de los ingenieros, una casa modesta, pero con un poco de jardín que mi abuela cuidaba con esmero. Oficialmente mi abuela era viuda, lo que no la libró de las críticas por vivir con un hombre sin estar casados. Pero a ellos les daban igual las habladurías. Mi abuela estaba demasiado curtida en los sinsabores de la vida como para renunciar a su felicidad por una cuestión tan pobre como la legalidad de su relación. Había criado dos hijos sin ayuda y conocía la soledad del desamparo, el no tener a nadie con quien compartir sus problemas, la desolación de una cama vacía durante muchos años. Nunca se arrepintió de aquella decisión, y cuando mi abuelo murió volvió a su vieja vida de ir de aquí para allá buscando trabajo donde lo había, sin importarle cambiar de casa, de pueblo o de ciudad. Cuando la guerra terminó tuvo que dejar la casa y mudarse a una habitación de alquiler, donde dormía con sus tres hijos. Guardaba una pistola de mi abuelo y pertrechada con ella andaba veinte kilómetros casi todas las noches, hasta el enlace ferroviario; allí se dedicaba al estraperlo con los pasajeros de los trenes de la línea Granada-Barcelona, intercambiando ropa por comida. Volvía casi al anochecer y apenas dormía cuatro o cinco horas antes de iniciar otra vez el periplo diario de caminatas de cuatro horas hasta su destino. El estraperlo era un oficio reservado a los hombres y en el que había que contar con la connivencia de los guardias civiles, a los que había que entregar parte de la comida conseguida. En aquel mundo de hombres, mi abuela era uno más, sabía cómo mantener a raya a los que intentaban aprovecharse de su condición de mujer y tuvo que sacar la pistola en más de una ocasión. Pero una noche del verano de 1941 cometió el error de utilizar la pistola para defenderse de un cabo de la Guardia Civil

que intentó cobrarse el diezmo con otro tipo de mercancía. Aunque no llegó a herirle sí consiguió disparar el arma, y por ese motivo estuvo en el calabozo durante dos semanas, hasta que don Roque llegó a un acuerdo con el comandante en jefe de la provincia y la sacó de aquel atolladero. A resultas de este incidente le aconsejaron que sería mejor que pusiera tierra de por medio y emigró a Barcelona, donde encontró trabajo en una fábrica de hilaturas. Mi madre se quedó al cuidado de la familia Martínez Carrión y se educó como alguien muy próximo a la familia, aunque ayudaba en la casa cuando volvía del colegio y dormía en la zona de las criadas. Cuando mi abuela casó a sus hijos mayores, mi madre le pidió que viniera a vivir con ella. Por aquel entonces ya trabajaba en la oficina de don Roque y tenía suficiente dinero para alquilar una casa modesta en la zona alta de la ciudad. Mi abuela volvió a montar su taller de costura para ayudar a su hija. Habían pasado cinco años sin verse, durante los cuales las cartas iban y venían llenas de secretos contados a media voz.

Doña Matilde, la mujer de don Roque, quería a mi madre como a una hija y se opuso a este plan. Intentaba convencer a mi madre de que con la vuelta de mi abuela toda la ciudad rememoraría el incidente de la pistola y, lo que era peor, se desempolvaría la historia de que ella era una hija ilegítima. Los planes que tenía para ella requerían que renunciara a su madre. “¿Con quién te vas a casar si todo esto se remueve otra vez?”, decía. Pero mi madre insistió y doña Matilde tuvo que aceptar su derrota. Todo se complicó cuando Miguel salió en defensa de mi madre. Miguel era como un hermano para ella, tenían casi la misma edad y habían compartido muchas cosas. Sí, eran amigos, o mejor dicho, cómplices en

un mundo rígido de conveniencias sociales. Miguel le gustaba, siempre alegre, siempre riéndose de aquel mundo que guardaba en cada cajón, en cada armario, una cantidad ingente de bolas de alcanfor que evitara cualquier contagio del mundo exterior, pero mi madre siempre supo que su origen era un problema insalvable para una relación con Miguel y nunca se hizo ilusiones con ese posible desenlace. Fue ella la que pidió hablar con doña Matilde para decirle que no estaba enamorada de Miguel y que no se preocupara por una posible boda con él. Eso nunca ocurrirá, apostilló para zanjar una cuestión que estaba poniendo en peligro la vuelta de su madre. Ella sabía que la única y remota posibilidad de que se produjera la boda sería a cambio de renunciar a su madre de por vida y no estaba dispuesta a esa traición. Sabía que si quisiera renunciar a su pasado, este siempre la acompañaría, que se sentiría en esa familia como el pobre al que se invita en Navidad a la mesa y tiene que agradecer el resto del año, en su caso el resto de la vida, el favor de compartir la mesa y el mantel con aquella familia todopoderosa en la ciudad.

En septiembre de 1969 mi madre no volvió a Madrid después de las vacaciones. Mis hermanas callaban, como si estuvieran al tanto del secreto, de la causa de aquella desertión, y mi hermano y yo no estuviéramos preparados para conocerlo. Mi hermano lloró, silenciosamente, durante todo el camino. Tampoco él quería compartir conmigo lo que sabía, o tal vez era su manera de reaccionar a su ignorancia de la causa del desastre. Recuerdo la luz de aquel viaje: dorada, hermosa, silenciosa. Habíamos salido muy temprano, poco después del amanecer, en una mañana refrescada por la brisa, leve, que llegaba del mar. Desde

entonces siempre hay un día al final de septiembre que, al salir a la calle, siento el mismo frío súbito, siempre nuevo, que me lleva a aquel día en que nuestra familia comenzó a deshacerse. Cada año, el final del verano es como el final de la vida. Viene otra luz, otro ritmo en el trabajo, una especie de malestar, de zozobra, como si la incertidumbre fuera, una vez más, nuestro sino, una forma de existencia inevitable.

El viaje se hizo interminable. Nadie quería hablar, ni siquiera para aparentar disimulo acerca de lo que sucedía. A ratos dormíamos en el asiento trasero del coche, a ratos nos turnábamos en alguna de las paradas para sentarnos junto a la ventanilla y sentir el aire en la cara, cerrar los ojos y sentir que el pelo iba a escaparse, volar lejos de aquella cárcel en movimiento, más severa porque nos llevaba cada vez más lejos de nuestra madre. Cuando paramos a comer en un restaurante de carretera ninguno fuimos capaces de decir nada. Mi padre molesto y compungido pidió la misma comida para todos en vista de nuestro silencio recalcitrante. Nadie fue capaz de comer gran cosa. Casi todo quedó en los platos tal y como había venido. Mi padre ni siquiera se enfadó por aquel desdén. De vuelta al coche dormí durante horas. Recuerdo que desperté con el sudor que comenzaba a enfriarse empapándome la camisa. El sol acababa de ponerse y las primeras luces inciertas de la ciudad se veían en el horizonte como una amenaza cada vez más cercana. Recordé la imagen de una película atrasada que habíamos visto aquel verano en uno de los numerosos cines al aire libre que poblaban entonces la ciudad, en la que una canoa se dirigía entre los rápidos de un río caudaloso hacia una enorme catarata sin posible vuelta atrás. Nuestro coche era esa canoa y nadie parecía

darse cuenta menos yo. ¿Qué podía hacer sino resignarme a seguir la corriente de un desastre que nunca fuimos capaces de imaginar?

Pensé en mi madre. ¿Qué estaría haciendo ahora? ¿Se habría sentado como todas las tardes, en el porche de nuestra casa, a ver como el sol entraba en el mar? ¿Estaría todavía allí, en silencio, dejándose envolver por la noche?

Fui incapaz de esperar a llegar a casa, o de avisar simplemente. Vomité sobre las piernas de mi hermano, sin pensar, abstraído en una angustia que creo que aún no ha terminado de marcharse, que de cuando en cuando aparece, inesperada, apresuradamente, como aquel día en que nos dimos cuenta de que nuestras vidas, la vida, no volvería a ser como la habíamos vivido hasta entonces. Recuerdo la voz de mi hermano tratando de consolarme. Entonces no entendí lo que quería decir, ni aún hoy estoy seguro de entenderlo, porque era la primera vez que vomitaba sobre alguien, pero mi hermano tampoco está ya para preguntárselo, como si ese gesto inesperado, radical, formara parte de un carácter imprevisible. Ese día no hubo regaños, ni lamentaciones, ni repetición del ya conocido catálogo de faltas, todas graves, con el que mi padre nos obsequiaba cuando hacíamos algo que no le gustaba o dejábamos de hacerlo, de acuerdo con sus rígidas y precisas instrucciones sobre nuestra forma de comportamiento.

Aquel día el silencio se instaló entre nosotros con una naturalidad, forzada al principio, que terminó siendo una manera de convivir. Nadie decía nada porque nadie tenía nada que decir. Las horas volvieron a ser interminables para mí, como si

la enfermedad se hubiera instalado en mi cuerpo, aislándome, otra vez, del resto del mundo.

Apenas hacía dos años que había dejado de ser, oficialmente, un enfermo, aunque siempre he sabido que para mi familia nunca he dejado de serlo del todo. Es una historia demasiado dolorosa para evocarla aquí, sería sobreponer dolor al dolor y ya casi me he olvidado de aquel periodo de mi vida. Desde que tuve uso de razón hasta los ocho años estuve recluido en una habitación, metido en una cama. Entonces la vida era una película para un solo espectador que proyectaban en la pared de mi habitación. La diferencia ahora era que mi madre no estaba para acompañarme en esta nueva enfermedad, de la que cada uno de nosotros trató de salvarse como pudo, aunque ninguno consiguiera sanarse enteramente. Mis hermanas mayores estudiaban en la universidad y hacía mucho tiempo que llevaban una vida distinta. No comían en casa, volvían tarde, los fines de semana tenían planes con sus amigas. Eran adultas. Mi hermano Javier era cinco años mayor que yo, nunca habíamos compartido gran cosa, aunque era el único que durante mi enfermedad aparecía de vez en cuando con algún tebeo de segunda mano o me pasaba los diarios deportivos que lo apasionaban y que por mi parte detestaba, pero los leía por si él me preguntaba algo o por si comentaba alguna de las noticias, pero nunca lo hizo. Creo que era consciente de mi desapego por esos temas, pero me ofrecía generosamente lo que tenía. Siempre fue tan generoso que, estoy convencido, su generosidad terminó por arruinar su vida.

Años más tarde, cuando yo me debatía entre ser un adolescente problemático, llevando mi curiosidad por los asuntos

de la vida de los adultos hasta ciertos extremos inesperados, o seguir siendo el hermano aplicado que tenía en el estudio su única razón de existir, Javier intentó ejercer discretamente, a lo lejos, cierta tutela protectora. Mis hermanas ya no vivían en casa, Julia se había ido a vivir al extranjero para continuar sus estudios y María se había casado con un hombre bastante mayor que ella, el primero que estuvo dispuesto a sacarla de aquella situación, sospecho, y vivía en otra ciudad. Intentó suplir sus ausencias hasta que descubrió que mi curiosidad me llevaba por caminos distintos a los suyos y desapareció discretamente de mi vida durante mucho tiempo para volver en los últimos años e intentar reencontrar el hilo de una historia que todos añorábamos pero no nos atrevíamos a rememorar, a continuar de alguna manera. El día en que se fue a vivir a Estados Unidos nuestras vidas volvieron a dar un vuelco inesperado, terrible, cruel. Todo aquello que habíamos construido entre nosotros, nuestra hermandad, aquello que nos protegía del desastre, lo que nos salvó del desamparo, todo se esfumó. Porque Javier era el único capaz de calmar a mi padre cuando perdía la razón, cuando amenazaba con pegarnos, con no dejarnos ver a nuestra madre hasta que fuéramos mayores de edad, cuando nos pegaba. Sí, Javier era el hijo que mi padre reconocía como más propio, el que intentaba entender sus razones, sus desvaríos, el que escuchaba sus quejas en una casa en que nadie quería ni hablar ni oír. A nuestra manera, el silencio era el único desafío que nuestro orgullo nos permitía. Era nuestra manera de resistir, de no doblegarnos al orgullo de mi padre, el que lo había hecho separarnos de nuestra madre para no reconocer un fracaso que no quiso, o quizá, no supo resolver. Él no estaba preparado para aquella situación en la que su autoridad era insuficiente para mantener a la familia unida. Renunció a lamer sus heridas y a la menor ocasión

ellas reaparecían, sangrantes, obsesivas, enfermizas. Javier oía una y otra vez la misma versión de sus razones, de sus porqués, el soliloquio autista y sordo de alguien que había consagrado el largo resto de su vida a que los demás reconocieran su razón. Algunas noches oíamos a mi padre contarle el relato de sus desventuras tras la puerta cerrada del salón, todo lo que él había hecho por la familia, sus desvelos por mantener unido lo que mi madre había separado. Javier lo consolaba, intentaba darle la razón sin renunciar a nuestra madre. Un día le pregunté a Javier si mi padre había llorado alguna vez en el transcurso de esas confesiones. Se quedó en silencio con una especie de mueca en la cara, entre melancólica e irónica, y no me respondió. Nunca llegué a saber a ciencia cierta cuál era la respuesta. A veces pensaba que mi padre había intentado otras maneras de sobrevivir a la situación; otras, la mayoría, que el orgullo le impedía explorar otra manera de seguir la vida.

ÍNDICE

<i>Prólogo</i> , por Carlos Alberdi	9
<i>La voz que nunca nos dejó</i> , por Eduardo Lago	17

LAS AGUAS DE LA NOCHE.....	23
----------------------------	----

ACABOSE DE IMPRIMIR
EL DÍA 26 DE ENERO DE 2026